

—¡Ah, señor Pero Fernandez, mi amigo!

—¡Ah, que estais ahí, don Melchor! dijo desde el otro lado el alcaide.

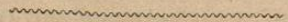
—Sí ¡pardiez! contestó Zancudo: de órden de la reina, echadme fuera.

Diez minutos despues, Zancudo daba grandes golpes con el llamador sobre la puerta de una enorme y sombría casa situada en lo mas ancho de la Carrera de Santa Justa.

Allí moraba con algunos de sus escuderos el conde don Lope Diaz de Haro.

El resto de sus ginetes y ballesteros estaban en los mesones inmediatos.

Las máquinas de guerra dejaban ver su formidable aspecto, estendidas en medio de la Carrera, delante de la casa en que don Lope habitaba.



CAPITULO XV.

DE CÓMO ANTES DE QUE SE HICIESE UNA REVOLUCION, HIZO LA CONTRA-REVOLUCION EL CONDE DON LOPE DIAZ DE HARO.

I.

La reina pasó una noche horrible llorando, rezando, dolorida en el corazon y las entrañas, y no desesperada porque aun en medio de aquella terrible prueba, encontró en su corazon resignacion, paciencia, fé en Dios, y caridad y amor de madre para aquel hijo ingrato que la envolvía en un tal y tan insoportable torrente de amargura.

Era cuanto podía haber inventado la traicion de las traiciones: volver al hijo contra la madre para que la pidiese cuentas de su honra y de su hacienda.

Lloraba, pues, lágrimas de fuego, lágrimas corrosivas, la desdichada reina doña María, y sin embargo no se alzó en su dolor y en su indignacion contra don Fernando el IV para maldecirle, como contra Sancho IV se habia levantado supremo y terrible, ardiendo en ira de justicia, el noble rey don Alfonso X.

II.

Doña María Alfonso de Molina, mas prudente, mas fuerte, mas madre que fué padre Alfonso X, no se volvió contra su hijo, no le desamó ni un solo momento: por el contrario, le amó mas con sus entrañas porque le vió en el mayor peligro en que nunca se habia encontrado, poseido, seducido por la traidora ambicion de sus poderosos parientes, á punto de ser envuelto en un caos del cual no pudiese salir con la corona, ni tal vez con la vida.

La reina, pues, estaba en uno de sus mas crudos momentos de prueba: si las córtes decretaban la mayoría del rey, si enemistaban á este con ella, todo estaba perdido; el rey, halagado por bajos servidores, escitado por ellos su carácter iracundo, caeria en un abismo del que solo podria sacarle la voluntad de Dios.

Habia que combatir con mas fuerza que nunca.

—¡Combatamos! dijo la reina.

Y desde que tomó esta resolucion se secaron sus lágrimas, se sobrepuso á lo que á ella concernia, y esperó impaciente á que el sol estendiese sus rayos sobre la tierra para empezar su combate.

Agobiada por el dolor en el primer momento, no se habia acordado de tomar medidas preventivas, de desplegar las guerrillas, como diríamos hoy; pero Zayda Fatima habia cuidado de ello, enviando á Zancudo con el mensaje que ya conocemos al conde don Lope Diaz de Haro.

III.

Trasladémonos á su casa.

Los ballesteros que daban en ella la guarda abrieron la puer-

ta en el momento en que llamó Zancudo, y avisado don Lope de que el señor de Carcavilla le buscaba de parte de doña María de Granada, dejó el lecho, se vistió apresuradamente, se puso su máscara de hierro, y le recibió.

Contóle Zancudo por estenso todo lo que aquella noche habia visto, oído y dicho, sin pasar en claro que la reina le habia hecho infanzon y señor de las Batuecas.

El conde don Lope se armó, se puso su sobrevesta de luto, y se fué decididamente á la posada del infante don Juan.

—Su merced duerme, le contestaron sus camareros, y no nos atrevemos á despertarle.

—Pues ¡vive Dios! que le despierte yo pasando por encima de vosotros, contestó don Lope.

Tal fama de feroz y de bravo tenia el Sin nombre, que los camareros del infante no se atrevieron á insistir en su negativa, y aunque temerosos del mal genio del infante don Juan, fueron á despertarle y á decirle que allí estaba buscándole el caballero Sin nombre, capitan de la compañía franca de los Hermanos de la Selva.

Causó una gran inquietud esta noticia al infante, porque sabia cuánto era leal á la reina el capitan de los Hermanos de la Selva, y temeroso del objeto que podia llevar, dió largas á la entrevista, mandando se dijese al Sin nombre que aquella no era hora de buscarle, que estaba enfermo, y que volviese á buena hora del dia.

—Decid á su merced, dijo el Sin nombre cuando esto le dijeron, que si está enfermo no hay necesidad de que deje el lecho, que tal es el asunto que me trae, que no permite espera; y que estoy resuelto á todo, á trueque de hablar con él.

A esta seca y decidida intimacion el infante don Juan, no atreviéndose á dar un escándalo de dudoso éxito, recibió al fin, pero guardando el lecho, al conde don Lope.

El conde fué breve, enérgico y esplicito.

Sin saludar al infante, le dijo:

—Si no buscáis en el momento á vuestro sobrino el señor rey don Fernando y le manifestais que todo lo que le habeis dicho

acerca de la señora reina doña María su madre es una infame calumnia, contra vos soy con todas mis fuerzas, os acometo, os rindo y os mato, que tiempo es ya de hacer justicia en vos, puesto que no la han hecho ni el rey don Sancho vuestro hermano ni la reina doña María vuestra cuñada, por mas que han tenido causa bastante y justa para ello.

—¿Y quién os ha dicho, exclamó procurando sostenerse el infante, que yo he dicho al rey calumnia alguna contra la reina su madre?

—Los muertos lo saben todo, exclamó el conde don Lope con una voz tan terrible, tan hueca, tan fantástica, que el infante se estremeció de los pies á la cabeza.

—Os engañais, dijo: yo no he dicho á mi sobrino nada de que pueda culpárseme.

—Deshaced el daño que habeis hecho, dijo el conde don Lope, ó de no, no os quejeis mañana de lo que yo haga.

Y volvió la espalda.

—Esperad: ¿quién sois? dijo el infante don Juan.

—Soy quien os conoce como os conoce vuestra conciencia; soy quien os castigará si persistís en vuestras maldades: no os atrevais á desobedecerme, porque os juro por la Sagrada Eucaristía, que deseo no me falte á la hora de mi muerte, que no tendré compasion para vos.

Y salió, dejando aterrado al infante.

IV.

No acertaba este cómo habia podido saberse lo que se habia tratado en su posada aquella noche, sino por la traicion de alguno de los que habian concurrido.

Porque acontecia entonces, como acontece siempre, que el que es traidor lo es para todos: para aquellos contra quienes conspira, y para los mismos con quienes conspira.

El infante don Juan, que era maestro en la traicion, no se

fiaba de nadie; pero en vano buscaba al que pudiera haber vendido el secreto.

Todos los que aquella noche habian estado en su casa, eran enemigos de la reina.

Solo entre los personeros que habian asistido al conciliábulo, podia haber habido alguno que fuera á poner en conocimiento de la reina lo que se habia tratado.

V.

El infante don Juan tenia miedo, y un miedo cerval.

El conde don Lope le imponia un terror supersticioso.

Se acordaba de la noche aquella en que hacia algunos años, mas allá del arrabal de los Molinos, junto al ábside de la capilla de Nuestra Señora del Cármen, habia tenido una aparicion.

Aquella aparicion se relacionaba en el pensamiento del infante con el caballero Sin nombre, con el misterioso personaje capitán de los Hermanos de la Selva.

Don Juan sabia que el Sin nombre era capaz de llevar á cabo todas las amenazas que le habia dejado oír.

El Sin nombre era un enemigo terrible, porque disponia de trescientas lanzas bravas y de quinientos feroces ballesteros.

Aquello podia llamarse entonces un ejército.

Mas de un señor rebelde se habia mantenido con menos gente contra el rey, y le habia dado guerra por largo tiempo.

Se habia mandado por el incógnito al infante don Juan deshiciese todo lo que aquella noche se habia hecho, revelando al rey que todo habia sido una calumnia.

¿Y cómo desobedecer al Sin nombre, que podia meter el negocio á lanzadas, lo cual no convenia? ¿cómo decir al violento Fernando IV que se habia calumniado á su madre con la sola intencion de apartarla del gobierno? ¿cómo confesarse de tal modo traidor y miserable, sin provocar el odio y la venganza del rey?

El infante don Juan se encontraba en un verdadero aprieto, y era necesario decidirse.

Desobedecer al caballero Sin nombre no podia ser.

Tampoco podia ser obedecerle.

Pero don Juan no era tardo en sus resoluciones, y se decidió por el único partido que podia tomar; esto es: ponerse en salvo yéndose á Leon, donde habia dejado muchos amigos, hacerse allí fuerte, renovar su alianza con el rey de Aragon y con el infante don Alfonso de la Cerda, y esperar los sucesos.

VI.

El infante llamó á su mujer y á la madre de esta.

Las informó rápidamente de lo que sucedia, y ellas, que conocieron demasiado la situacion, fueron del mismo parecer que el infante don Juan; esto es, que se debia ganar tiempo y quitar los bultos de en medio.

En consecuencia se dispuso todo para una marcha inmediata, y al amanecer, y sin despedirse de nadie, el infante don Juan y su familia salieron de Medina del Campo, y tomaron á buen paso el camino de Valladolid.

La traicion huia.

VII.

Entre tanto, el Sin nombre se habia ido á las Carnicerías, frente á las cuales vivia el infante don Enrique con su cara esposa la Palomilla y sus servidores.

El conde don Lope se anunció de una manera enérgica como capitán de la compañía franca de los Hermanos de la Selva, y de una manera tan imperativa y tan amenazadora, que aunque dormia el infante, sus camareros hubieron de avisarle.

—¿Qué querrá ese hombre? dijo don Enrique, que no podia sospechar se hubiese descubierto la conspiracion. ¿Se habrá cansado de servir á la reina y se vendrá al cabo con nosotros, conociendo que así sacará mas provecho? Veremos. ¿Y á qué habia de venir á estas horas, cuando todavía impera la oscuridad de la noche?

El infante don Enrique se vistió y recibió á don Lope.

—¿Á qué debo el contento de veros á estas horas en mi casa, señor caballero incógnito? dijo con la benevolencia y suave sonrisa de viejo cortesano de que tan bien sabia usar.

—Os engañais, señor infante, como os habeis engañado tantas veces, dijo severamente el conde. Vos habeis sido funesto para todos aquellos á quienes os habeis acercado; vos causásteis la desgracia y la muerte del desdichado Conradino de Nápoles, y vuestra prision de veinte y seis años de nada sirvió para que os convirtiérais; salisteis de ella voraz, insaciable: ¡mal pecado para los que os dieron la libertad, sin considerar que con vos soltaban una desgracia que habia de hacer numerosas víctimas!

—No comprendo, dijo el infante, que se habia puesto pálido porque tenia tambien miedo al conde don Lope.

—Pues voy á esplicarme en muy pocas palabras y muy claras para que me comprendais bien: idos hoy á la iglesia de Santa María donde se juntan las córtes, y antes de que los personeros se junten para decretar, decid á todos los que sea necesario que se les diga, que no hay nada en lo de declarar la mayor edad del rey y quitar el gobierno de estos reinos á su buena madre.

—Yo no puedo influir, dijo el infante, en los actos de las córtes: me guardaré muy bien de ello.

—Habeis influido tantas veces, que nada importa influyais una vez mas; y atended, infante don Enrique: yo estaré allí, pero no estaré solo, porque tendré conmigo en la plaza de Santa María trescientas lanzas, quinientos ballesteros y una *cabrita*, á la que haré topar contra la puerta de la iglesia, la abriré de par en par y me entraré dentro, no dejando un solo personero infame con cabeza, si comprados por vos y por vuestros ami-